

## **DOMINGO QUINTO DEL TIEMPO ORDINARIO**

**S.A.I. Catedral, 10 de Febrero de 2019**

Las lecturas de la Palabra de Dios que hemos proclamado este domingo nos invitan a reflexionar sobre la llamada que el Señor hace a todos los hombres para ser hijos suyos en su Hijo Jesucristo. El Señor nos llama a ser cristianos y nos envía a la misión de anunciar el evangelio con nuestro testimonio de fe y de buenas obras. ¿Cómo nos ha llamado el Señor a cada uno de nosotros para ser cristianos? Cada uno puede relatar su propia experiencia vocacional. Todas serán distintas; pero todas tendrán un denominador común lo tienen las llamadas que el Señor hizo a Isaías, a Pablo, a Pedro y a los demás discípulos.

En primer lugar es el Señor quien tiene la iniciativa de la llamada. Jesús lo dijo a sus discípulos: “Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae” (Jn 6, 44). La llamada de Dios es algo extraordinario y como tal se manifiesta con signos portentosos. Isaías descubre su vocación en medio de una visión de Dios en su Templo celeste adorado por los ángeles. Pablo, lo sabemos, es derribado del caballo por una luz que lo ciega y una voz que le habla, Pedro y los demás discípulos son llamados por Jesús después de una pesca milagrosa como hemos escuchado en el evangelio.

El hombre se siente indigno para responder a la llamada que el Señor le hace. Isaías se siente impuro y pecador, Pablo se siente indigno de ser apóstol por haber perseguido a la Iglesia, Pedro le dice a Jesús: “Apártate de mí que soy un pobre pecador”. Pero fijémonos como Dios, nuestro Padre, no tiene en cuenta la condición humana de pecador sino la fe y la intención del corazón del hombre que presta atención a su llamada. Por eso a todos los que se presentan ante él con un corazón contrito y humillado les dice: “No tengas miedo, yo estoy a tu lado”. Y, efectivamente, así es, es el Señor quien nos da su gracia, como dice San Pablo, y mucho más abundante cuanto mayor es nuestra debilidad o más complicada es la misión que nos encomienda. Sólo nos pide que confiemos en Él y que colaboremos con la fuerza de su gracia.

El Señor espera la respuesta libre del hombre a su llamada. Espera la respuesta de la fe. Isaías respondió: “Aquí estoy, mándame”; Pablo obedeció la voz del Señor y fue a Damasco a ver a Ananías, Pedro y los demás discípulos lo dejaron todo y lo siguieron.

Nosotros también nos sentimos muy débiles e indignos para responder a la llamada del Señor; pero como los profetas y los apóstoles, hemos respondido afirmativamente al Señor confiando en su gracia y en su misericordia. Los que somos conscientes de nuestra vocación cristiana y de la misión a la que el Señor nos ha enviado nos sentimos tremendamente indignos y débiles ante la grandeza de la llamada. Pero tenemos la experiencia de cómo se renueva en nosotros todos los días la gracia sacramental que nos hace fuertes ante las dificultades y nos impulsa a ser testigos valientes del evangelio.

En estos momentos no es fácil vivir en este mundo la vocación cristiana y más en concreto la vocación al matrimonio, a la vida consagrada y al sacerdocio. No es fácil, pero no es imposible con la ayuda de la gracia de Dios. En no pocos cristianos cunde el desánimo y con el desánimo el deseo de abandonar la vocación cristiana. Estamos asistiendo a la publicidad de un goteo constante de casos de abusos a menores cometidos por algunos ministros de la Iglesia. Esto puede parecer que debilita la vocación cristiana y a la vida consagrada. Sin embargo creo que lo que nos está sucediendo es una llamada de Dios a purificarnos, a ser santos como él es santo. Por eso esforcémonos por buscar la verdad y por hacer justicia, ayudados por la fuerza de la gracia de Dios y su infinita misericordia. Por tanto, no tengamos miedo a la verdad y a la justicia. No tengamos miedo a la acción de Dios que derrama abundantemente su gracia allí donde abundó el pecado. No tengamos miedo y confiemos en Dios que sabe sacar bien del mal. Por nuestra parte esforcémonos en caminar como hijos de la luz, no de las tinieblas para vencer con la ayuda de la gracia de Dios los ataques del enemigo. Intensifiquemos la oración, el ayuno y la penitencia y acompañemos solidariamente a quienes han sufrido y siguen sufriendo las consecuencias del pecado de abuso.

Hace sesenta años, un pequeño grupo de mujeres de la Acción Católica Española sintieron en su corazón la llamada del Señor para realizar una misión muy concreta: erradicar el hambre en el mundo. Poco a poco han ido creciendo en número, en proyectos realizados y en prestigio nacional e internacional. Manos Unidas nos convoca hoy a la solidaridad con los millones de personas que pasan hambre no sólo de alimentos sino también de medicinas, educación, derechos. Nos invita a que nos hagamos cargo de la situación de las mujeres pobres sobre las que recae el trabajo del hogar y de fuera del hogar y de aquellas que son explotadas, vejadas y discriminadas porque en sus países no se les reconocen los mismos derechos y deberes que los varones.

La Campaña de Manos Unidas es una llamada a la solidaridad compartiendo nuestros bienes con los más necesitados; pero es también una denuncia de aquellos gobernantes que toman decisiones injustas dejando a sus ciudadanos sumidos en la miseria. Tal es el caso de Venezuela. Un país con grandes recursos naturales y que hoy está sumido en la mayor de las pobrezas por la irresponsabilidad de sus gobernantes y el desamparo internacional. Cuando una persona accede a una misión para la que no tiene vocación u ocupa un lugar que no le corresponde en la sociedad, en la empresa, en la política, incluso en la Iglesia, el daño que realiza es a veces irreparable. Pensemos cuantas empresas familiares han sido heredadas por hijos o nietos que no tenían vocación de empresarios y las han dejado arruinarse hasta el final perjudicando a muchos trabajadores y a sus familias.

Este año la Delegación de Manos Unidas de la diócesis de Astorga ha asumido un proyecto para la promoción de las comunidades indígenas en el Departamento de Cauca en Colombia. Se trata de formar a líderes indígenas para que puedan desarrollar su propio gobierno y atender a las víctimas del último conflicto armado. Este proyecto beneficiará a más mil cuatrocientas personas. El coste total será de cerca de noventa mil euros.

El Señor nos llama a cada uno para que desempeñemos en esta vida una misión concreta y nos da todo lo necesario para realizarla. De ahí la importancia que tiene el discernimiento vocacional en la juventud. En ese discernimiento vocacional no puede obviarse la vocación a la vida consagrada y a la vida sacerdotal como se está haciendo en algunos departamentos de orientación profesional de los centros educativos.

La misión esencial del cristiano es dar gloria a Dios y esto sólo lo puede hacer haciendo el bien. Por eso San Pablo insiste en sus cartas a los primeros cristianos: “No os canséis de hacer el bien”, pues, Jesús, nos dice san Lucas en el Libro de los Hechos de los Apóstoles: “Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal”. Que este sea nuestra verdadera vocación de hijos de Dios ayudados por el ejemplo y la intercesión de la Santísima Virgen María.

† Juan Antonio, obispo de Astorga